

Revista **de** **Ciencias Económicas**

PUBLICACION DE LA FACULTAD DE CIENCIAS ECONOMICAS
CENTRO DE ESTUDIANTES Y COLEGIO
DE GRADUADOS

DIRECTORES

Enrique Forn

Por la Facultad

Vicente García González

Por el Centro de Estudiantes

Juan José Guaresti (h.)

Por el Colegio de Graduados

SECRETARIO DE REDACCION

Carlos E. Daverio

REDACTORES

Esteban Balay

Jacobo Wainer

Por el Colegio de Graduados

Egidio C. Trevisán

Silvio Pascale

Por la Facultad

José M. Cascarini

J. Domingo Mestorino

Por el Centro de Estudiantes

AÑO XXII

OCTUBRE DE 1934

SERIE II, N° 159

DIRECCION Y ADMINISTRACION

CALLE CHARCAS 1835

BUENOS AIRES

de A. Eduardo Sanguinetti

Problemas económicos del momento

La repetición de los procesos económicos, en los que algunos alcanzan a ver cierta sincronía de la que pretenden sacar consecuencias y aun leyes, ha llevado a ciertos espíritus, de gran envergadura científica, a la creencia de que en el estudio de las crisis pasadas pudiera hallarse, por el análisis comparativo de circunstancias de valor equivalente, la solución o cuando menos la norma para rumbar a través de la enredada situación que nos castiga. El manoseado principio de que la historia se repite, conviértese para muchos en tara irremediable, cuando por tratarse de fenómenos resultantes de circunstancias cada día novedosas no permiten su planteo en términos semejantes y muchas veces ni parecidos.

Con esta convicción, apartándome de todo experimento comparativo, voy a hacer un planteo simple de los factores que inciden en el problema y deducir, de buena fe, las consecuencias que se me antojan de una lógica incontrovertible.

Enunciaré los términos ateniéndome, en la vista de cualquier fenómeno sólo a su valorización, dándoles un sentido de abstracción que se desvíe del narrativo.

Partiendo, pues, de hechos de axiomática exactitud, intentaré un bosquejo sintético de los problemas económicos de esta época.

PRODUCCIÓN Y CONSUMO

Nace el hombre acicateado por la necesidad, y en el primer esfuerzo que hace para satisfacerla, vemos la imagen de lo que debe ser su vida. Desde que el esfuerzo necesario para satisfacer las necesidades primarias empieza a holgar, inventa ya satisfacciones de segundo grado, diríamos así, y la inteligencia innata vive alerta estimulada por el apetito de supe-

ración de la condición humana. La vida se torna compleja, las capacidades de producir se complementan, el intercambio se impone por conveniencias mutuas, y surge un sistema de intereses, de equilibrio sin término, si se logra que toda la producción se aplique sin las intermitencias que caracterizan a épocas como la presente.

Estos dos factores, producción y consumo, de función diametralmente opuesta, son los elementos fundamentales de toda economía. Supeditada la producción a la capacidad adquisitiva, ya que no es otra su razón de ser, alcánzase que su límite se halla fijado por dicho factor, puesto que rebalsarlo no tendrá ningún objeto.

Ahora bien, roto ese equilibrio como en las circunstancias actuales, por una restricción sin precedentes del consumo, ¿debemos sacar como consecuencia que la producción es excesiva, y dictar medidas para cercenarla? Evidentemente no. Queda, entonces, el problema reducido a encontrar un aumento en la capacidad de absorción de producto en el correlativo mejoramiento de las condiciones materiales de la vida. Fácil es aceptar que ese límite dado por la capacidad biológica de consumo, alcanza dimensiones imprevisibles, por tratarse en último término de una característica vital, de una realidad biológica en sus diversas manifestaciones.

En nuestra organización económica la producción puede subsistir y desenvolverse, normal y progresivamente, mientras no rebalse no ya esta capacidad biológica de consumo de la especie humana, sino su capacidad adquisitiva, dos valores diferentes, de esencia biológica el primero, como ya lo hemos manifestado, y el segundo una cuestión monetaria en último análisis.

La presencia de este límite de capacidad adquisitiva, esencialmente variable, nos explica lo que de otro modo parecería paradójal: con mercados abarrotados de productos, y, como consecuencia, las grandes y pequeñas corporaciones productoras desorientadas, existe miseria, y mucha miseria. En la concatenación de estos hechos que estamos enumerando, y que han pasado a ser lugares comunes para los que se interesan en esta clase de problemas, es verdad sentada y admitida que para elevar esa capacidad adquisitiva de que hablamos, es menester aumentar las posibilidades de las masas, traducidas en un *standard* de vida superior, como consecuencia de una mejor distribución de la riqueza, con lo cual, al elevarse el nivel del consumo, se restablecería el equilibrio armónico de éste

con la producción, condición indispensable en el regular funcionamiento de la economía.

Planteado el problema en estos términos, intentaremos su solución, destacando las fallas evidentes que encontraremos en la distribución de la riqueza, con lo cual automáticamente surgirán los remedios que la subsanen.

Una característica de nuestra organización productora, es la división del trabajo. Cada individuo orienta su actividad en un cierto sentido y, de cuales sean sus aptitudes en el perfeccionamiento de tal actividad, dependerá su capacidad productora y, por ende, su capacidad adquisitiva, quedando así un círculo teóricamente cerrado. Y decimos, teóricamente, porque en la práctica para determinado período de tiempo, hay que sumar al monto de lo producido el aporte que en forma de ahorro proviene de una producción anterior y a su vez restarle, lo que constituirá la reserva del futuro.

Quedan fuera del círculo los desocupados cuyo número crece o disminuye según las necesidades de los tiempos y a los que Marx llama el ejército de la reserva industrial. De este hecho y de esa posición de ventaja creada por el ahorro, surgieron las teorías socialistas en contraposición con las ideas del liberalismo manchesteriano, tronco del espíritu de nuestros tiempos. Pero no es nuestro propósito entrar a discutir el grado de equidad que pueda asistir a estas teorías político-sociales, si no sólo destacar el hecho de que, con tal cierre, el círculo económico quedaba en funcionamiento, vale decir, que bien o mal, fué factible la distribución de lo producido salvo períodos que, por su corta duración, no llegaron a pre-ocupar mayormente.

Una consecuencia de la división del trabajo ha sido el intercambio de productos por servicios y de éstos entre sí. Estos cambio siguen una ley que podríamos enunciar, diciendo que la relación que existe entre dos o más cosas cambiadas, es la de una igualdad de valores. Admitir lo contrario, equivaldría suponer que a sabiendas una de las partes aceptara perder en beneficio de la otra, lo cual, como sabemos, no ocurre sino en contadas excepciones que no vienen al caso.

CONCEPTO DEL VALOR

Esta igualdad de condiciones, introduce en la economía el concepto del valor, único factor que hace visible el inter-

cambio entre unidades de dos diferentes especies, M y N . Admitiendo que V y V' simboliceen respectivamente los valores de la unidad de cada especie, podemos darle a la relación la siguiente expresión: $M \times V = N \times V'$. Dedúcese, pues, que si bien en los cambios son cosas las que se truecan, son en realidad valores los que intervienen. Aquella expresión puede escribirse así: $\frac{M}{N} = \frac{V'}{V}$. Lo cual significa que *el número de unidades de dos cosas que se cambian es inversamente proporcional a sus valores.*

No existe un concepto universalmente aceptado del valor, y la ciencia aún nos lo debe, a pesar de que los economistas concuerdan en referirlo a las utilidades de las cosas. Dentro de este concepto, una de las definiciones que se han dado del valor, es la siguiente: El grado de utilidad o aptitud de las cosas para satisfacer las necesidades o proporcionar bienestar o deleite.

El hecho de que circunstancias de lugar y tiempo tengan influencias sobre el valor de las cosas, demuestra que éste no depende totalmente del grado de utilidad de aquéllas, por ser ésta una cualidad propia y que, como tal, permanece inalterable ante aquellas circunstancias. Muchos economistas, con Smith a la cabeza, aferrados en su idea de confundir el valor con la utilidad, y en presencia de la variación del valor de las cosas en el juego de los cambios, establecen el distinguo de valor en uso y de valor en cambio. Otra de las teorías que supone la inmutabilidad del valor y por lo tanto errónea, hácelo derivar de la suma de trabajo humano incorporado a la cosa para ponerla en uso.

Voy a expresar a continuación, el resultado a que he llegado al tratar de concretar un concepto sobre el valor para mi uso, ya que en todas las circunstancias en que he debido ahondar el análisis de estos problemas, he tropezado con la dificultad de la diversidad de teorías y la deficiente seguridad de las hasta ahora emitidas. Y no debe extrañar que, al tratar este punto, trate de ejercer toda la presión convincente de que soy capaz, ya que considero la posesión de un concepto claro sobre el valor, como la clave indispensable para morder en los problemas de la economía.

De la relación del hombre con las cosas nace el concepto del valor de aquéllas en proporción al interés, la satisfacción o simplemente la necesidad que sienta de poseerlas, al punto

que de no existir ese interés, el valor se anula aunque subsista la utilidad. Establece, pues, el hombre, una clasificación de utilidades de acuerdo a las solicitudes de sus gustos individuales o intereses consecuentes de su grado de aptitud para apreciarlas. Esta apreciación responde a un proceso eminentemente subjetivo, con lo cual queda dicho que las cosas no poseen por sí un valor intrínseco y, el suponerlo, significa un absurdo. Esta condición de subjetividad y de apreciación individual, le impone al valor una característica de variabilidad, supeditada también a las necesidades del individuo, con lo cual queda dicho que una vez satisfechas éstas, decrece el interés y por consecuencia el valor por las unidades sucesivas de un mismo producto, que ya no encontrarían necesidades que las valorizaran, máxime si el producto es de condición perecedera, lo que impide conservarlo en previsión del futuro. Con esto dejamos enunciada la ley de que, para cada individuo el valor de un bien está en *relación directa con sus gustos y aptitudes e inversa del número de sus unidades*. Hemos considerado hasta aquí el problema tomando a sus factores en una forma abstracta, suponiendo que en el libre juego de estos factores no intervienen las limitaciones que surgen al encarar la realidad de la vida. Trasladados esos valores al mercado, la primera comprobación evidente es la que para adquirir un valor hay que sacrificar otro equivalente. De ese trueque de valores surge la primera limitación, cuando el individuo al querer satisfacer sus necesidades, gustos y aptitudes, debe dar en cambio un valor equivalente que puede no estar en condiciones de satisfacer. No basta, pues, sumar esos gustos y necesidades para deducir de aquí el valor que esta suma determinaría, porque el querer y gustar no es demandar. Demandar, es ceder otro valor equivalente en tiempo y lugar: tal es la relación de los cambios. La demanda que valoriza en el mercado está condicionada, no sólo por la capacidad biológica de consumo del individuo que es ilimitada según ya hemos visto, sino, y en primer término, por su capacidad adquisitiva. La consecuencia evidente de una mayor afluencia de unidades de productos que se ofrezcan en el mercado, sería un desmedro de su valor. Surge de aquí la ley de la oferta y de la demanda, llamada a determinar y regular el valor de las cosas en el orden general. Concurren para ello, las dos condiciones necesarias y suficientes de cuya conjunción emerge el valor: la oferta que presenta las cosas con su utilidad, y la demanda que lleva subsumidos el deseo, la sa-

tisfacción y las necesidades. Queda, pues, perfectamente establecido, de acuerdo con las conclusiones a que hemos llegado, que el valor está sujeto a causas determinantes esencialmente variables, y que le imprimen este mismo carácter de variabilidad. No se me alcanza la razón por la cual pueda existir una cosa que se sustraiga a esta ley, aun en el caso de que ese bien haya sido tomado como talón para referir a él los valores de los otros productos. Es este el caso del oro, cuyo valor ha experimentado fluctuaciones insospechadas, como consecuencia de lo que acontece en los momentos actuales.

RELACIÓN DE LOS VALORES

En el cuadro sinóptico que hemos esbozado, concretamos tres conclusiones:

- 1º La ciencia de la economía es el estudio de las relaciones que existen entre la producción y el consumo y aquellas nuevas que puedan coordinarse con miras al mayor bienestar general.
- 2º En principio, las relaciones quedan establecidas en los cambios de productos por servicios y de éstos entre sí.
- 3º Que a su vez los cambios están regidos por lo que es el valor de los bienes.

Interviniendo el hombre en el proceso económico en su doble faz de productor y de consumidor, concluimos de ahí que, a un aumento del valor de su trabajo, corresponde una mayor aptitud o capacidad para adquirir y, como consecuencia, mayores posibilidades de consumo.

Hemos llegado a concretar nuestro análisis al estudio de los valores en los cambios simplificados éstos al medirlos en unidades monetarias, es decir, en expresiones numéricas. La unidad monetaria empleada en economía para expresar el valor, introduce el concepto de precio por la comparación de un valor al de la moneda que se toma como base, de suerte que, simbolizando con V y V' los valores respectivos de la unidad monetaria y la de un bien cualquiera, la expresión matemática de su precio la daría la relación: $\frac{V'}{V} = p$ y si recordamos que:

$\frac{V'}{V} = \frac{M}{N} = p$, es decir, que *la relación que existe entre el número de unidades de dos cosas cambiadas es inversamente proporcional a sus valores, su cociente es el precio p , numéricamente concretado.*

La moneda es, pues, la mercancía tipo a la cual están referidos los demás bienes y por lo tanto actúan como unidad de medida de todos los valores.

Siendo así, y por tratarse de una mercancía, no puede substraerse su valor a los altibajos a que se hallan sometidos los de las cosas, como consecuencia de las leyes que los regulan y determinan. Introducir por lo tanto en la economía el concepto de valor inamovible de la moneda, tiene que dar conclusiones absurdas y en la práctica desarticular todo el organismo económico.

De este hecho emana la substancial diferencia que existe entre esta unidad de medida y las de orden físico matemático. Las últimas llevan abscriptas, como condición indispensable, la invariabilidad de que carece la primera, de donde vese claramente que las oscilaciones de los precios pueden provenir de las fluctuaciones de uno cualquiera de los dos términos que integran la relación: $\frac{V'}{V}$, o de ambos a la vez.

Aclarado el concepto de precio y precisadas sus características más sustantivas, partamos de la posición simplificada de que los estudios económicos se reducen al del juego de los cambios y nos será fácil tratarlos en su relación de interdependencia en nuestra organización económica.

RELACIÓN FUNDAMENTAL DE LA ECONOMÍA

Los valores primarios de la producción son los siguientes:

- 1º La tierra, fuente de toda riqueza en sus tres reinos.
- 2º La mano de obra fuerza primigenia de la producción y su condición subsidiaria, el saber hacer.
- 3º El empresario, fuerza viva directora y coordinadora de los otros elementos.
- 4º El capital (la moneda), en su función primordial de distribuidor de la riqueza; y
- 5º Y último, el Estado, que regula y estatuye en las relaciones sociales.

Los valores auxiliares encontrados por el ingenio del hombre en los animales y en la herramienta, adquirieron suma importancia con el perfeccionamiento de esta última, cuando se llegó a las asombrosas proporciones del maquinismo actual.

Esos valores primarios entran en contacto y se ajustan al conjuro de la fuerza directriz del cerebro empresario, se-

lector, coordinador y guía de valores primarios en la consecución productora que los impulsa.

Elemento básico, en el planeo de cualquier empresa es el precio p en el mercado del producto a elaborarse.

Para el empresario que elabora C unidades de producto la función consiste en el reparto de la suma total de pesos $C \times p$ destinada a los siguientes servicios:

$C_1 \times p$, al capital

$C_2 \times p$, al pago de la tierra que arrienda

$C_3 \times p$, a los jornales que emplea

$C_4 \times p$, a satisfacer las cargas fiscales

$C_5 \times p$, a la ganancia del empresario

Debe cumplirse la condición:

$$C \times p = C_1 \times p + C_2 \times p + C_3 \times p + C_4 \times p + C_5 \times p$$

De tratarse de una empresa de artículos manufacturados, la partida: $C_2 \times p$ que se destinaba al arriendo de la tierra, se asignaría a la adquisición de materia prima. No afecta en nada a la interdependencia de estos valores, el hecho de que algunos de los términos de la ecuación puedan refundirse en uno solo en determinadas empresas, quedando comprendidos y relacionados en ella todos los valores que interesan a la economía.

DISCUSIÓN DE LA ECUACIÓN

El equilibrio original, que dicta las condiciones de feliz iniciación de toda empresa, se verá subvertida por la alteración de aquella condición de precio básico de partida que repercutirá en forma de nuevos estados de equilibrio de los elementos que constituyen esa industria. Para la determinación de estos estados de equilibrio, consideraremos que dos de los términos de la ecuación planteada son constantes. El capital: $C_1 \times p$, y las cargas fiscales: $C_4 \times p$. El primero lo es mientras dure el término del contrato. Esta constancia del factor no se refiere a su valor en sí, sino al precio de sus servicios en unidades monetarias. También puede ser constante el factor de arriendo de la tierra: $C_2 \times p$, no así en el caso de cederse en forma contractual llamada al tanto por ciento de la producción.

Descartamos la posibilidad de variaciones del factor: $C_4 \times p$ (cargas fiscales) por tratarse de una posibilidad no común y de límites más restringidos.

Los términos restantes, utilidades del empresario: $C_5 \times p$ y la mano de obra: $C_3 \times p$, son variables. Por una parte, porque ambos dependen del albur que corre toda empresa y por la otra, porque en determinadas condiciones de prosperidad para el empresario, pueden encontrarse en pugna.

Muchos alucinados por el espejismo de que un gran ejército de reserva industrial (desocupados) puede servir para apuntalar situaciones tambaleantes en industrias de vida precaria y para asegurar mayores ganancias, desechan una consecuencia evidente resultante de la ruptura del equilibrio de los términos, que no debemos olvidar al encarar el problema por el desmedro que sufre el consumo, en la ley de la oferta y de la demanda.

En la marcha de una empresa, a toda suba o baja de la cotización del producto, el empresario se verá precisado a destinar mayor o menor cantidad del artículo que elabora para satisfacer los mismos servicios del capital y cargas fiscales, puesto que siendo constantes, por lo dicho, los términos: $C_1 \times p$ y $C_4 \times p$, a toda variación de p en un sentido, corresponderá otra de C_1 y C_4 , en sentido inverso.

En consecuencia, esas diferencias en más y en menos de la cantidad de producto destinada al pago de los servicios citados, repercutirán en razón inversa sobre la ganancia $C_5 \times p$ del empresario y, en el caso de que esta última se vea disminuída más allá de un cierto límite, ello lo llevará, a objeto de mantener la armonía funcional de la empresa, a sustraerle parte de su beneficio a la mano de obra: $C_3 \times p$ y a suprimir jornales, cuando las cosas no lleguen al extremo de obligarle a liquidar el negocio.

El límite crítico del equilibrio de una empresa se alcanza cuando se anula la ganancia del empresario. Entonces la ecuación toma la siguiente forma:

$$C \times p = C_1 \times p + C_2 \times p + C_3 \times p + C_4 \times p$$

y el precio p del producto es igual al de su costo de producción.

Hemos analizado el conjunto de factores que integran nuestra organización económica. De esta síntesis se destaca el hecho de que el ajuste armónico de los diferentes elementos se sujeta a la única condición de *una prudente estabilidad de los precios* y que no resiste a las sorpresas de un mercado agitado por las cambiantes brascas de mareas imprevistas. El hecho de que la economía actual haya resistido victoriosa-

mente a las vicisitudes que le tocó encarar, a pesar de su enorme sensibilidad a las variaciones de los precios, base de todo su andamiaje, se explica porque nació y estaba hecha para las circunstancias que modelaron la vida en el período que le tocó actuar.

NUEVAS CIRCUNSTANCIAS

Al comenzar dijimos que la producción no puede rebalsar la capacidad adquisitiva de las masas, dejando con ello enunciado el problema que nos ocupa en su forma más sintética.

El juego libre de los dos elementos fundamentales de la economía no produjo sorpresas mientras los métodos rudimentarios de producción encontraban útil empleo ante la demanda, limitada por un creciente progreso de marcha acom-pasada. Las oscilaciones de los precios se producían perezosamente dentro de límites tales, que no comprometían la estabilidad integral del organismo. La producción, mientras dependió de la fuerza del hombre y de su saber hacer, fué escasa y todo el que quiso pudo trabajar.

Excluído el problema de la distribución, el hombre vió, cuando quiso mejorar las condiciones de su vida material, abrirse un horizonte en el acrecentamiento de la producción y alrededor de ese imperativo fué formando un sistema de intereses, servido por lo que hoy forma nuestra cultura económica y todavía las obras que tratan estos problemas siguen considerando constante la capacidad adquisitiva del consumo y como consecuencia deducen que en la baja de los costos de producción reside el *desideratum* de la felicidad humana. Esta concepción dió nacimiento y ancho campo de expansión a la libre concurrencia, donde toda empresa organizada con más bajos costos de producción desaloja a sus similares de costos más elevados, lo que pudo ocurrir en virtud de la sensibilidad del mecanismo a las variaciones de los precios en la articulación de los valores. Ocurría algo imprevisto. Basta recurrir a las estadísticas para comprobar que, aunque lentamente y por etapas, los precios fueron subiendo al compás del aumento y diversificación de la producción, que al hacer más necesario el trabajo del hombre lo valorizaba, consecuentemente, elevaba el nivel de la vida. Bastaba con que las cotizaciones de los bienes no descendieran para que el mecanismo de los valores no sufriera detrimento. Con esa seguridad, los empresarios se garantizaban un aumento de ganancia, al

acreecer su capacidad productora y, en consecuencia, al alcanzar estas proporciones desconocidas, surgieron las combinaciones que cristalizaron en corporaciones industriales gigantescas con el Taylorismo y su secuela. En estas condiciones florecientes, no podían constituir una preocupación las cantidades que se destinaban al servicio de intereses de compromisos financieros y a las cargas fiscales que en nuestra ecuación son los dos términos: $C_1 \times p$ y $C_4 \times p$.

El cuadro era alentador. La técnica acrecentaba sin cesar sus recursos multiplicando y diversificando la producción al servicio de nuevos anhelos de superación antes ignorados. Independizábase la industria de la inmediata aplicación del esfuerzo humano, y se libraba más y más de ese factor en la medida de su perfeccionamiento. Y así se explica que las estadísticas nos obsequien con el dato de 30.000.000 de brazos caídos, balance final de los desvelos del ingenio humano en pos de un miraje fugaz, trocado en realidad pavorosa.

CRISIS DE UNA CULTURA

Estamos hoy entre dos mundos; mirando hacia el pasado, es preciso reconocer que el formidable impulso intelectual del siglo XIX rindió sus frutos en realidades innegables de civilización y de cultura. Hoy marchamos en pendiente hacia una cima de profundidad incalculable. Los hombres llaman en su ayuda a la experiencia y, al consultarla, constatan la vacuidad de sus consejos. Es que las circunstancias han variado fundamentalmente y lo que fueron verdades sentadas como dogmas, no resisten a las condiciones del trasplante. La producción ejerce un despotismo sobre los cerebros. Lánzanse los pensadores a cuerpo perdido en la lucha por su defensa, y los estadistas usan de los recursos a su alcance con el mismo fin. Constrúyense las murallas chinas del proteccionismo; a su sombra florece la nefasta vegetación del nacionalismo económico de amargo fruto y la exaltación de los ánimos crea desconfianzas, agudiza las querellas, remueve el fondo oscuro del descontento de las masas que, en sus esfuerzos nebulosos por conocer la verdad, aceptan como tales las que le sirven los políticos inescrupulosos que medran a su costa.

En la exposición que hemos seguido, ha quedado demostrado en forma concluyente que a ese crecimiento sorpren-

dente alcanzado por la producción, no le ha correspondido el de la capacidad adquisitiva que era menester.

Las conocidas recetas con que se pretende resolver el problema, van demostrando, a diario, que su eficiencia no basta y de los recursos puestos en juego nacen complicaciones que asumen proporciones de nuevos problemas por sus consecuencias. Es así, que la primera tentativa de ajuste de los gastos tanto, en el orden presupuestivo del Estado como en el de la industria, retrotrae el problema a su origen por una disminución subsiguiente de capacidad adquisitiva, provocada por el despido de mano de obra, ya que el renglón de deudas es intangible por la invulnerabilidad de los contratos. Dos ejemplos, que dan idea de lo que expresamos se hallan en la medida tomada por nuestro gobierno en 1930 al suspender las obras públicas y la cesantía de 80.000 empleados decretada últimamente por el gobierno de Francia.

Tres grandes ensayos económicos presencia hoy el mundo: el de la Rusia Soviética, el de la Italia Fascista y el que estimo más interesante del presidente Roosevelt.

El ensayo soviético se caracteriza, como todos los extremismos, sean de derecha o de izquierda, por un desconocimiento de los valores de la realidad vital, colocándose él mismo al servicio de uno solo, según el capricho que le dicta su ideología. La misión de un extremismo en la primera faz de su desarrollo, es por lo tanto de destrucción. En trance de gobernar y topando con las dificultades que la realidad le evidencia, entreabre a ella sus ojos y a tientas ensaya transacciones con los valores que *a priori* habrá desconocido y es entonces que, junto con la pérdida de su color subido, comienza a ser constructivo. La política soviética, pues, no puede interesarnos como aporte de soluciones mientras conserve ese carácter de extremismo.

El fascismo, que estranguló el liberalismo manchesteriano con las garras del Estado omnipotente, busca una salida en el nacionalismo económico, queriendo reemplazar con dictaduras los sistemas orgánicos de gobierno, sobre la base de que la democracia ha fracasado, usando para ello de argumentos que saca de su imperfección, sin reparar que su misma condición de perfectibilidad es lo que la hace viable, ya que la perfección es término, y por lo tanto muerte. La centralización excesiva en un solo cerebro es otro inconveniente, pues, no es juicioso descontar como absoluta su infalibilidad. Vamos a patentizar con un ejemplo, tomado al azar, la situa-

ción creada en una economía dirigida por la voluntad de un solo hombre, en un sistema inorgánico, que debe su marcha a las medidas que él dicta apurado diariamente por situaciones nuevas imprevistas, motivadas por la misma condición inorgánica del sistema. ¿A qué se debe el hecho de que Mussolini se crea obligado a rebajar por decreto en un 10 % los precios de los artículos, contrariando la ley soberana de la oferta y de la demanda si no busca poner un parche a una situación errónea creada por medidas anteriores? Y de no ser así, ¿no desarticula ese 10 % de rebaja el juego coherente de valores creados por la libre concurrencia, que no resiste modificaciones provocadas por otras fuerzas que no sean las que ella misma desencadena? La primera característica que salta a los ojos de un observador veraz, es la de que el fascismo no logra la jerarquía de un plan orgánico trascendental. El ejemplo que hemos desgajado al azar, define una conducta oportunista y de capeo, que lo sindicia como eminentemente transitorio mientras no pierda su carácter actual de improvisador de expedientes circunstanciales, a pesar del tiempo que aún pueda perdurar.

El ensayo norteamericano, dirigido por el presidente Roosevelt, se insinúa todavía con cierta timidez y, por hallarse en sus comienzos, no marca las líneas definitivas de su desarrollo ulterior. En el análisis que vamos a encarar hallaremos, sin entrar al estudio de aquél, algunos puntos de contacto con ciertas medidas que al parecer quiere ya poner en uso.

EL HOMBRE, VALOR DE CONSUMO

Sostenemos que para el restablecimiento del juego de valores no queda sino un resorte que tocar, y que todas las tentativas más o menos ingeniosas que se ensayan, morirán al nacer mientras no se contemple la manera de acrecer el poder adquisitivo por una perfecta distribución de la riqueza. Desalojado el hombre por la maquinaria, como factor de trabajo, no queda otra salida para restablecer el equilibrio entre la oferta y la demanda que considerarlo en adelante como *valor de consumo*. De no considerarlo como tal, dándole todas las posibilidades necesarias para absorber la riqueza creada, haríase necesario aniquilar en parte la producción para que fuera absorbida. Dentro de las características de la libre concurrencia, no puede pensarse en una limitación

del maquinismo para conseguir ese objeto. Se lograría a expensas de la mano de obra, sin conseguir la restauración del equilibrio antes roto, reiniciándose el proceso: nueva superproducción y despido de mano de obra, volviéndose al punto inicial.

Debemos, pues, contemplar el problema bajo su otra faz, es decir, la desocupación. Necesitamos una fuerza reguladora que metodice. En el juego de valores que habíamos estudiado, la ingerencia del Estado se reducía a sustraer una contribución a los efectos del contralor del orden en el conjunto de la vida de relación. Esa ingerencia deberá extenderse con vistas a regular ese factor perturbador, encarando al hombre como valor del consumo, único elemento descoyuntado en el organismo económico.

Al efecto el Estado tomaría de las empresas, en proporción a sus utilidades, la suma del dinero necesaria para combatir la desocupación, empleándola en trabajos de utilidad pública. Este expediente no contempla la condición de justicia, ya que sus únicos beneficiarios serían las generaciones venideras. La forma que se nos ocurre más acertada para combatir la desocupación, consiste en la reducción de los horarios de las tareas del personal, compensando las jornadas con nuevos turnos de operarios. En esa forma, dándole libre expansión al maquinismo, el trabajo fabril del hombre encontraría aplicación, sin quedar descartado parcialmente en la distribución de la riqueza. La suerte corrida por el caballo en la labor agrícola y como medio de locomoción, viene a ilustrar lo que sería la del hombre con un maquinismo autómatas. Este extremo considerado como límite, llenará la aspiración suprema de la humanidad y relegará al olvido la vieja religión del trabajo reglamentado, como única finalidad de la vida. La solución que se propone, consistente en la disminución de horarios y complemento de las jornadas con nuevos salarios, le da un nuevo aspecto al problema y requiere otra solución. Aceptemos, por un instante, que la riqueza totalmente distribuida restablezca la armonía de la marcha industrial. Ese equilibrio entre la oferta y la demanda, que se deduce de aquella armonía implica una estabilidad en las cotizaciones como condición indispensable y por donde cualquier desequilibrio quedará en evidencia. En el concepto integral de la economía, hablar de precios bajos o altos no tiene sentido alguno; y lo tiene, en el orden privado, en cuanto

significa beneficios para los unos, en perjuicio de los otros. Lo único que interesa en economía es que *a un nivel cualquiera de los mismos, queden ajustados los demás valores*, pues, sólo circunstancias favorables o desfavorables permitirían su variación por condiciones nuevas, que responderían a un nuevo ajuste. La hipótesis que hemos enunciado como solución, de una limitación de horario y creación de turno que obligaría a la industria a elevar la tasa de los artículos, no tendría acción negativa, dado que dejando obrar a la libre concurrencia, el ajuste de los otros valores se realizaría automáticamente, una vez suprimidas las largas jornadas del trabajo humano, por haber pasado el hombre a actuar preponderantemente como factor de consumo.

La solución insinuada, no dejaría de ser una simple expresión de deseo, si, como están las cosas planteadas, la situación por que atraviesan las industrias o las de los Estados con presupuestos que acusan déficit, no les permitiera crear nuevos sueldos y jornales; y aun, lanzados al ensayo haría falta la seguridad de alcanzar, en forma definitiva, la estabilidad de los precios que, al resolver el problema del ajuste de los valores, lleva subsumida la reintegración del consumo al organismo económico.

FUNCIÓN ECONÓMICA DE LA MONEDA

No se puede aspirar a esa estabilización, mientras no se cuente en forma absoluta con la seguridad de que la moneda, en su doble papel de unidad de medida de los valores y de instrumento de los cambios, llene debidamente su función distribuidora de la producción, condición de la subsistencia del organismo industrial.

En la relación: $\frac{V'}{V} = p$, siendo variables los valores de las cosas y de la moneda respectivamente, la constancia de los precios será posible siempre que pueda acomodarse el valor de la moneda al de los productos. Y hablemos desde ya de dirigir el valor de la moneda y no el de los productos, porque siendo éstos de naturaleza diversa y numerosos, no guardan entre sí la íntima relación que los liga a aquélla, que actúa de común denominador en la determinación de los precios.

Prosiguiendo ahora nuestro estudio, bajo el punto de vista monetario, observamos que los cambios de servicios por

mercancías y de aquéllos y éstas entre sí, se hacen con la intervención directa de la moneda o bien, indirectamente, a merced del crédito, pero en ambos casos, salvo cuestión de tiempo, son hechos a moneda, a excepción de aquellos que resultan compensados; de suerte que el número de negocios a finiquitarse en un tiempo dado dependerá, en último término, de la cantidad de unidades monetarias que existan y también de la velocidad con que éstas circulen.

Si con la unidad monetaria se pudiera realizar normalmente un promedio de n operaciones de cambio, en el tiempo

T en la unidad de tiempo se realizarían $\frac{n}{T}$ operaciones, ex-

presión matemática de la velocidad V de circulación. De representar V la velocidad media de C unidades monetarias, el número de operaciones a realizarse con dicha cantidad de unidades sería: $C \times V$. Como en una operación interviene un cierto número de unidades, llamando p al precio medio de las operaciones de cambio, su total expresado numéricamente

$$\text{será: } N = \frac{C \times V}{p}$$

Planteo en esta forma la cuestión para demostrar que hay en todo momento un número N de transacciones comerciales que, al demandar moneda, determinan de acuerdo a su monto, el valor de ésta. La acción contraria ejercida por la oferta de moneda, no dependerá únicamente del número de sus unidades, si que también de la velocidad con que éstas circulen. Entonces, para el caso de un número determinado de negocios, que hemos simbolizado con: $N = \frac{V \times C}{p}$, a un aumento de la velocidad V , corresponderá una disminución de la cantidad C de moneda y recíprocamente.

INSUFICIENCIA DE ORO

En los términos en que queda planteado el problema, sería de preguntarse si la evolución industrial, como resultante del desarrollo de la técnica y de las crecientes vinculaciones de los pueblos, puede quedar supeditada a la cantidad de oro amonedado, a su velocidad de circulación, que demostraré que es limitada, o al azar del descubrimiento de nuevas minas.

Refiramos como se ha ido subsanando la rigidez del mecanismo monetario basado en la mercancía oro, tratando de adaptarlo a las imposiciones crecientes de los tiempos.

El desgaste del oro, con el rodar de mano en mano, sugirió la conveniencia de su reemplazo parcial por el papel moneda, emitido a cambio de oro, que quedaba en custodia y a disposición del tenedor de billetes.

La modificación del mecanismo no representaba un aumento de monetario, desde que subsistía la equivalencia entre el oro y el papel moneda. Nuevas necesidades hicieron aumentar las emisiones confiadas en el crédito que el público les dispensaba, sin resentirse por ello el sistema, ya que la conversión sólo se efectuaba en forma parcial, a los efectos de equilibrar el balance de pagos. Con este fundamento podía admitirse que una emisión de papel moneda quedaba garantizada con un 30 % a un 40 % de oro y, como consecuencia, nacieron los bancos centrales investidos de la facultad de emitir billetes con la garantía de documentos comerciales a corto plazo, siempre que respetaran el límite del encaje de metal amarillo. Se había ampliado el alcance del mecanismo por lo menos en dos y media veces, en papel moneda, la cantidad de oro depositada. Desde entonces los documentos comerciales a corto plazo realizan la maravilla de poner en manos de los banqueros la ficción de un oro que no existe, pero que, sin embargo, les produce beneficios por ser convertible en oro, mientras su totalidad no busque simultáneamente la conversión. Se ha llegado, así, a que el papel moneda reemplace universalmente en el mercado interno de cada país a la moneda de oro quedando reducido el rol de esta última, al pago de los saldos desfavorables de los negocios internacionales.

VELOCIDAD DE CIRCULACIÓN

Refiriéndonos a un mercado interno, el número de negocios no dependerá únicamente de la cantidad de monetario sino también, de su velocidad de circulación, como ya lo hemos dicho. Dicha velocidad se torna fácil y motiva en los períodos de precios en suba, por el interés lógico de desprenderse de ella ante su decreciente poder adquisitivo, salvo el caso de no poderla trocar por cosas cuyo valor no han de desmerecer, y en el entretanto la banca le imprime un ritmo al dinero que tiene en depósito. El juego bancario dirige la velocidad de ese dinero cumpliendo un ciclo. Descuenta un porcentaje que pasa a formar su fondo de garantía, y la parte restante la entrega en calidad de préstamo. Ese dinero que paga interés sirve a su vez para el cumplimiento de compromisos o

para nuevas inversiones productivas y vuelve a los bancos llevado por otra mano para reiniciar el ciclo hasta seis veces en nuestro país, y hasta diez en los países más evolucionados. Y esto que es lo que se llama saber banquear, explica que en los EE. UU. de América, cuando el *crak*, que coincidió con la ascensión al mando del presidente Roosevelt, aparecieran como depositados en las instituciones de crédito cuarenta y cinco mil millones de dólares, mientras que la cantidad real emitida por el Banco Central era apenas de seis mil millones. Siendo esto así, en mayor o menor grado, se explica que la solvencia de los bancos dependa del escalonamiento de sus vencimientos y el que ninguno pueda resistir una corrida.

Ahora bien, si se agrega a la primera inflación de dos y media veces, que practican los bancos centrales, la que realizan a su vez los bancos comerciales, se ha alcanzado aproximadamente veinticinco veces la cifra inicial y real de la moneda oro. Y este milagro se realiza por la fecundación hecha en la garantía cuyo fruto, el crédito, es desde que nace un nuevo medio de cambios.

En el momento de la eclosión de un período de negocios en auge, la herramienta del crédito alcanza su máximo de eficiencia y libra a la moneda de una inmediata aplicación, sin considerar que al finiquitarse todos los negocios que ha originado, la moneda efectiva sufrirá un recargo de tarea subsanable solamente con un proporcional aumento de su velocidad de circulación, pues, el remedio, que consistiría en una mayor cantidad de sus unidades, está librado, como hemos dicho, al albur de la suerte.

En los tiempos de bonanza no es la circulación monetaria únicamente la que distribuye toda la producción; cooperan el crédito particular, y el bancario que acrece veinticinco veces el dinero que pasa por sus arcas. De donde el interrogante de si la moneda real por sí, sería capaz de realizar semejante proeza.

Ahora bien, siendo el crédito hijo de la garantía, camina en el sentido de las industrias en su busca, y la circulación monetaria efectiva deberá tomar sentido contrario, del consumidor al productor y de ahí a la banca, acrecida en el monto de los intereses que el crédito ha ganado, en el transcurso, para que en esa forma el funcionamiento se haga normalmente, cerrándose el ciclo. Cuando no se ha cumplido esa condición por haber excedido el crédito la velocidad de circulación de la moneda efectiva, quedan abiertas las puertas a una

crisis. Los industriales apremiados por los vencimientos claman por dinero; para conseguirlo, fuerzan la venta rebajando los precios de las mercaderías, lo que equivale a desvalorizarlas con respecto a la moneda; y luego, para conseguir un nuevo ajuste, recurren a la rebaja de jornales y despido de mano de obra, con la reiniciación del proceso que hemos detallado. En los períodos de crisis, y para encontrarles un remedio a estos procesos descendentes, se recurrió al procedimiento quirúrgico de las liquidaciones forzosas para servir las deudas que demandaban sumas desproporcionadas, con lo cual, quedaban despejadas nuevamente las vías por las que correría otra vez el crédito, artificioso instrumento de cambios que, si suple en ciertos períodos la escasez de circulación monetaria, prepara también el terreno para las caídas verticales.

Las liquidaciones violentas, verdaderas injusticias, que autorizaban el traspaso, por un puñado de oro, de las industrias a manos de los pescadores en río revuelto, ha dejado de ser tentadora para éstos en las nuevas condiciones originadas por el maquinismo.

Se deduce, pues, que la velocidad de circulación de la moneda es limitada e inferior a la que le supone el crédito y hay por consiguiente error en suponer que éste suple aquella deficiencia.

Es más aún: la moneda, aparte de servir en su doble desempeño de instrumento de cambios y unidad de medida de valores, constituye por sí una riqueza para el que la posee y cuando pasa como tal a formar ahorro, puede substraerse en parte a la circulación.

Si en los momentos de prosperidad ella vive en actividad buscando los intereses que devenga el préstamo, o las supuestas ganancias de su trueque en bienes, la incertidumbre en los períodos de crisis acerca de la peligrosidad de oscilación de los demás valores, le crea una situación de privilegio que le permite quedar a la expectativa, acechando la oportunidad que le da el crecimiento de su poder adquisitivo a consecuencia de la mayor demanda que el desborde del crédito había preparado.

Vese de aquí, la substancial diferencia que existe entre el ahorro invertido en bienes inmuebles o en industrias, y el constituido en dinero efectivo disponible. El primero cumple una función social solidaria en el sitio en que se halla radicado y el segundo escapa, no sólo a las cargas fiscales que a

aquél gravan, pero goza además de la ventaja de trasponer las fronteras a su antojo si las contingencias lo apuran. Hácese evidente la conclusión de que con una moneda a base de una substancia cuya mayor o menor cantidad queda librada al azar, y parte de la cual se substrahe a la circulación en forma de ahorro inmóvil, no es posible asegurar la distribución total de la riqueza y, por consiguiente, la estabilidad de los precios, condición indispensable para el permanente ajuste de los valores productores. Tomando el problema por la otra punta, equivaldría a resolverlo limitando el número de transacciones comerciales a lo que permitiera la circulación sim-

bolizada con: $\frac{C \times V}{p}$ en la fórmula que hemos analizado.

LA MONEDA PAPEL

Son muchos los que conservando todavía un concepto místico del oro, lo creen irremplazable por el apego a una tradición y a una cultura cuyos fundamentos ellos mismos desconocen; y otros, con un dogmatismo que no resiste el más ligero análisis, olvidan que en otras épocas y diferentes regiones han llenado el mismo objeto, el trigo en Egipto, el ganado en la Grecia heroica y la sal, y los cueros, la plata, etc.

Hay una verdad que se destaca en el análisis que estamos realizando. Una economía sana reclama una moneda que circule en cantidad tal, que posibilite los negocios que la reclaman. ¿Llena el oro ese objeto? Hemos probado sobradamente que no. ¿Qué se espera, pues, para reemplazarlo como instrumento de los cambios? Sin duda a que nuestra economía se derrumbe totalmente, para comenzar su reconstrucción con ese mismo instrumento en la medida de sus alcances.

Es hora ya de buscar un sucedáneo que reemplace al oro como medio de cambio, abandonando las discusiones bizantinas sobre su valor intrínseco, inmutable, sano y otras majaderías inventadas para incensar a un fetiche que debe su jerarquía perturbadora a su calamitosa escasez.

El modesto papel moneda, al margen de la alharaca que levantan los defensores del oro, cumpliría, y me atrevería a decir que está cumpliendo, las dos condiciones necesarias y suficientes de valor de una sana divisa: *utilidad y necesidad*. Si a estas dos condiciones le agregamos la de que obedezca al imperativo de mantener un nivel estable de los precios, lo que se lograría con el simple recurso de la regulación de sus

emisiones, habríamos alcanzado el ideal de una moneda de fácil manejo y de una elasticidad congruente con el libre juego de todos los elementos que integran una economía equilibrada. Su manejo se reduciría a la simple observación de que toda alza de cotizaciones en el mercado acusa un exceso de circulante y viceversa. Este manejo por su misma naturaleza deberá estar exclusivamente en manos del Estado por la fuerza de aplicación que se requiere en determinados momentos. De no ser así, dado el caso de una inflación en que hubiera que recurrir a medidas coercitivas para restablecer el ajuste, chocaría con la inclinación de la banca particular, interesada en dar expansión al crédito como consecuencia de la suba de las cotizaciones motivada por la inflación.

Puede el Estado lograr este ajuste con la restricción del crédito y el recargo de las tasas impositivas en la medida del aumento de los precios, reteniendo el importe de esa sobretasa a efectos de descongestionar de circulante el mercado. En el caso contrario de baja de los precios como consecuencia de una deflación de circulante, podrá el Estado recurrir sin temor a la emisión destinada a rehabilitar el consumo, hasta restablecer el nivel tomado como normal para el ajuste de los valores económicos.

En el mercado internacional tampoco ofrece inconveniente el uso de las divisas papel, porque ellas ensamblan perfectamente al contacto de los productos intercambiados.

En efecto: un país importador adquiere un producto con la moneda del país en que compra, de suerte, entonces, que la primera operación a efectuarse es el cambio de divisas. Veamos la relación que guardan entre sí estas divisas.

Un producto de valor V tendrá en su país de origen un precio: $p' = \frac{V}{V'}$, y en el país importador: $p'' = \frac{V}{V''}$, donde

V y V'' simbolizan los valores de las unidades monetarias de sus respectivos países. Luego: $V = V' \times p'$ y también $V = V'' \times p''$ igualando las expresiones tendremos que:

$V' \times p' = V'' \times p''$ de donde: $p' = \frac{V''}{V'} \times p''$. Pero

como: $\frac{V''}{V'}$ no es otra cosa que el precio p de la divisa extranjera con respecto a la del país exportador, resultará que $p' = p'' \times p$. Para llegar a este resultado hemos prescindido de los recargos que sufren los precios por transporte, seguro,

etc. Esta fórmula expresa una relación que puede ser enunciada en la siguiente forma: *El precio de un producto en su país de origen es igual al precio que tiene la divisa compradora en el mercado exportador, multiplicado por el de esa misma mercadería en la plaza de destino.*

Surge de aquí que, permaneciendo estables los precios en el mercado internacional, se verán acrecidos en el país de origen en relación directa con el grado de depreciación de su moneda.

En la conferencia que pronuncié en la Facultad de Ciencias Económicas, publicada en su Revista de los meses de noviembre y diciembre de 1931, señalaba la ventaja que en ese momento reportaría para nuestras industrias madres una depreciación monetaria a los efectos de competir ventajosamente en el mercado internacional. La practicabilidad de esta medida no ofrecía inconvenientes porque aun no se habían levantado las infranqueables barreras aduaneras e implantado los sistemas de cuotas que la neutralizarían. Movido nuestro gobierno por el concepto hasta entonces universalmente aceptado de que la depreciación monetaria era la calamidad más grande que podía azotar a un pueblo, decidióse por la implantación del sistema llamado del control de los cambios, rectificando más tarde esta política para ponerla más a tono con la realidad al reconocer aunque tardíamente los beneficios que en circunstancias como ésa emana de la depreciación.

Hoy como arma defensiva, al generalizarse, ha perdido su poder ante el nacionalismo económico, movimiento de defensa ante el desborde invasor de una producción que necesariamente dejaría grandes saldos negativos en los negocios internacionales.

En épocas normales la depreciación monetaria esporádica fué una causa eficaz y reguladora de una equitativa distribución del oro en el mundo.

El enrarecimiento de la circulación monetaria en un mercado por evasión de oro valorizaba el numerario remanente, respecto al trabajo humano, lo que repercutía, en último término, en una disminución de capacidad adquisitiva en ese mercado interno y como consecuencia quedaba un sobrante exportable de segura colocación en el exterior a precios remunerativos con lo cual aumentaba el haber del balance comercial con el aflujo de oro consiguiente.

Ante las dificultades hoy casi insalvables para colocar un producto éste debe serlo a expensas del sacrificio exagerado de su precio de tal modo que la ventaja de su colocación en mayor abundancia quedará anulada en su pago en menor cantidad de oro.

Tal cual hoy están planteadas las cosas, en tanto no se consiga la estabilidad de los cambios monetarios, no se habrá logrado el reintegro a su juego normal del comercio internacional.

Trátase del oro o de la moneda papel como vehículo de los negocios internacionales, no se logrará aquella condición del restablecimiento de las corrientes comerciales entre los países, sino como consecuencia de la compensación de los negocios y equilibrio de los balances de pagos, asunto que pasamos a tratar.

BALANCE DE PAGOS

Los balances de pagos de los diferentes países están integrados por los mismos términos, figurando como positivos para los unos los que resultan negativos para los otros.

Refiriéndonos al balance de nuestro país, llamaremos con *D*, a los intereses y amortizaciones anuales de las deudas públicas a oro (nacional, provinciales y municipales). Para los términos que siguen tomaremos como unidad nuestro peso papel. Designaremos con:

M, los intereses y amortizaciones de todos los títulos argentinos en peso moneda nacional cuyos tenedores viven en el extranjero (deuda pública interna, cédulas hipotecarias, etcétera).

I, el valor de nuestra importación.

T, los dividendos y amortizaciones de los capitales extranjeros radicados en el país y que han de ser girados al exterior (Bancos, compañías de seguro, de transporte, etc.)

L, la suma que lleva el turismo.

P, los capitales que emigran.

La suma de estas cantidades forma el pasivo o término negativo del balance de pagos. El activo o término positivo está integrado por los siguientes sumandos a oro:

E, valor de la exportación.

N, nuevos capitales que vienen a radicarse.

S , nuevos empréstitos de gobierno en el exterior. La ecuación del balance de pagos es la siguiente:

$$D + \frac{M + I + T + L + P}{X} = E + N + S$$

Hemos dividido por X que es la cotización del papel moneda, para reducir todos los términos a oro. La igualdad expresada significaría que en la plaza existe un equilibrio entre la oferta y la demanda de divisas extranjeras o, si se quiere de oro: De no ser así, el saldo negativo resultante deberá ser cubierto por el país en déficit, echando mano para ello del oro que garantiza su papel moneda, en estas ocasiones de descompensación.

Desaparecida la garantía de oro, la cotización del papel moneda oscila en forma de mantener constantemente nuevos estados de equilibrio entre los dos términos de la ecuación del balance de pagos, para lo cual afectaría el importe en divisa extranjera de los sumandos M , I , T , L y P .

La deuda pública contraída en el extranjero queda exenta de variación, por haber sido concertada en divisa del país acreedor.

El rompimiento del equilibrio entre los términos de un balance de pagos correspondiente al nivel tomado como normal para las cotizaciones monetarias, ocasiona las fluctuaciones de los cambios de divisas sin que el oro sea suficiente para contrabalancear aquel desequilibrio una vez sobrepasado cierto margen.

Volviendo a la moneda papel, no alcanzo a comprender qué inconveniente podría haber en que esa función que desempeña el oro sea llenada por divisas extranjeras en papel que constituyeran poderes adquisitivos garantizados por la producción exportable, del país que los omite, siempre que éstos se comprometieran a mantener el poder adquisitivo de aquéllas dentro de sus fronteras.

Podemos afirmar que la misión encomendada al oro en los negocios internacionales no ha sido cumplida satisfactoriamente por éste, debido a la falta de la cantidad necesaria y a su escasa velocidad en esta clase de negocios, hecho que pasamos a destacar estudiando dos períodos de la situación monetaria internacional.

SITUACIÓN MONETARIA INTERNACIONAL Y NACIONALISMO
ECONÓMICO

Mientras Europa fué el centro financiero mundial, el ritmo monetario fué casi perfecto. La causal, descartada ya la velocidad, más que a la cantidad de oro existente, fué debida a que las transacciones comerciales se sucedían compensadas, cuando no bilateralmente, en forma triangular. Así los desplazamientos del oro para cubrir los saldos desfavorables de los balances de pagos eran pequeños y en gran parte también eran compensados. Esta armonía compensadora no se destruyó a pesar de la creciente industrialización de los estados manufactureros del viejo mundo, porque éstos encontraban siempre compradores en los países de ultramar en esencia pastoriles, los que a su vez disponían de mercado seguro en aquéllos para sus productos sin que los saldos comerciales resultantes, siempre favorables a Europa, implicaran movimiento de oro, por quedar aplicados a nuevas inversiones financieras e industriales.

La guerra, al desplazar el centro de las finanzas a la América del Norte, rompe el equilibrio. Esta nación en su multiplicidad manufacturera y productora en abundancia de materia prima, es sin duda más exportadora que compradora. Este es un problema y, creyendo resolverlo, se encerró con altos aranceles aduaneros en la política miope y suicida del nacionalismo económico.

Mientras tanto la situación de las naciones europeas había cambiado completamente. Por una parte de acreedores se habían trocado en deudores y por la otra se encontraban colocadas frente al coloso del Norte en las disputas de los mercados que la guerra les impidió atender debidamente.

¿Qué camino le quedaba entonces, como así a las otras naciones del mundo, deudoras también de la Unión Americana que no les permitía los pagos en productos de las obligaciones contraídas? El único era pagar en oro; y el metal amarillo afluyó en abundancia a las arcas americanas, y como consecuencia quedó rota la compensación de los negocios internacionales.

Muy pronto se sintieron los efectos de la nueva situación que culminó cuando Norte América limitó, por no decir cortó, el crédito internacional que permitía, a la par que pagar con él los vencimientos inmediatos, vivir al mundo en un

círculo vicioso que se traducía en el crecimiento constante de las deudas. Y acaeció algo fácilmente previsible: el oro al movilizarse y tomar el sentido de la corriente indicada al influjo de una mayor demanda, hizo valer su escasez, pues concurrían sobre él todas las condiciones necesarias y suficientes que determina la valorización de las cosas, con la resultancia funesta de rebajar los precios de los productos a niveles desconocidos para este siglo. Y es este el más grave de los males de esta crisis.

Como resultante del proceso bosquejado el problema que con carácter general se presentaba era el siguiente: La evasión de oro, por las diversas causas que la ocasionan, se traducía en la disminución de circulante interno de cada país para rematar en la desarticulación completa del sistema monetario. A fin de evitarla los países recurrieron en mayor o menor grado al nacionalismo económico como tabla de salvación. Las barreras aduaneras, a la manera de diques niveladores, tienen la virtud de igualar a la altura de los precios del mercado interno los del internacional, alcanzando esas barreras proporciones de diques, con crestas infranqueables, cuando hubo necesidad de proteger el desarrollo de industrias precarias incapaces de subsistir en un mercado abierto. Para el caso de que estas industrias precarias no alcanzaran a abastecer las necesidades del consumo interno, se adaptó a los diques un sistema de compuertas manejables al arbitrio que no otra cosa es el expediente de las cuotas de importación.

CONTROL DE LOS CAMBIOS

Nuestro país optó por el sistema llamado de control de los cambios, consistente en mantener anclado el valor del peso al de una moneda con patrón oro que en un principio fué el dólar. En la REVISTA DE CIENCIAS ECONOMICAS del mes de octubre de 1932, hacía notar una consecuencia grave de esa política financiera del Gobierno Provisional, que fué recientemente modificada, al estabilizar el valor de nuestro peso artificialmente a tres noventa y cuatro cada dólar, en el hecho de que se otorgaba un premio a todos los términos que figuran en el numerador del miembro negativo del balance de pagos, es decir, una verdadera bonificación que se hacía a la importación, a los capitales extranjeros, a los que viviendo fuera del país tienen títulos de la deuda interna

argentina y cédulas hipotecarias, etc. Ese premio se cargaba en cambio sobre los productos de exportación, la agricultura y ganadería, cuya situación sigue siendo ruinososa.

En efecto: supongamos por vía de aclaración, que dejando al peso buscar su nivel espontáneo en el mercado libre, hubiera llegado a cinco con respecto al dólar. El comercio de exportación, que tiene que vender las letras de cambio que recibe del exterior, hubiera recibido m\$*n* 500 por cada 100 dólares, mientras que con el cambio controlado recibía solamente m\$*n* 394.

Luego, por ese control, nuestros exportadores perdían (con respecto al cambio hipotético de cinco) m\$*n* 106 por cada 100 dólares.

Inversamente: los capitales premiados recién citados, con cambio libre recibirían 100 dólares por cada m\$*n* 500, mientras que con el cambio controlado a 4,04 (precio de venta de las letras de cambio) recibieron 100 dólares por cada m\$*n* 404, vale decir, que ganaban m\$*n* 96 por cada 100 dólares.

Pero en la realidad no era el exportador quién sufría la pérdida; él la deducía de los precios que pagaba a nuestros agricultores y ganaderos por sus productos, agravando la situación de nuestras industrias madres.

Mirado bajo otro aspecto el mismo asunto, tendríamos que para mantener a ese nivel el valor del peso, en la situación del balance de pagos negativo y Caja de Conversión cerrada, fué menester sacar a las letras de cambio del libre juego de la oferta y la demanda con lo cual quedaron embargados en el país, por falta de divisas extranjeras más de 600.000.000 de pesos moneda nacional cuyas consecuencias fueron también graves según pasa a verse.

De haber existido el libre juego de la oferta y la demanda, los seiscientos o más millones de pesos embargados hubieran girado al exterior a fuerza de disputar las letras de cambio disponibles, sin que esto importara, como erróneamente se dice, una emigración de capitales. El camino que ellos hubieran tomado habría sido primeramente chocar con las letras de cambio, haciéndolas subir, es decir, valorizando las divisas extranjeras a su respecto y luego, a merced de la suba de los precios de los productos en moneda nacional en virtud de la depreciación de ésta, aquella suma embargada hubiese ido a parar a los bolsillos de los agricultores y ganaderos, restituyéndose a la circulación.

Es siempre peligroso tomar medidas caprichosas dirigidas a trabar el juego de las fuerzas que desata la misma libre concurrencia. El control de los cambios además de originar las dos consecuencias puntualizadas, impidió, por otra parte, que el valor de nuestro peso se moviera a la manera de mantener equilibrado el balance de pagos y lo peor fué que imposibilitaba, como pasamos a ver, el ajuste armónico de los valores productores, condición fundamental de toda sana economía.

En efecto: el agricultor, el ganadero, aun el que invirtió su dinero en construcciones de casas, tomó los servicios de ese enorme capital casi exclusivamente en forma de hipotecas o créditos bancarios y lo hizo convencido, dentro de lo corriente de la previsión humana, que con tantos quintales de trigo o tantas cabezas de ganado o cuales meses de alquiler, iba a satisfacer esos servicios. Pero, estando el peso, por haberlo colocado el gobierno artificialmente, si bien debajo del oro, muy por encima del nivel de la producción, esas cantidades en especie han debido multiplicarse para satisfacer el mismo servicio.

Esta situación fuera de lo previsto, que obligó al empresario (que en nuestro país o es el dueño de la tierra o el chacarero que integra en los campos la mano de obra) a entregar todo el producto de su trabajo, arrastrando en su caída al dueño de la tierra y a la mano de obra, constituye, sin eufemismo, un despojo que aun está efectuando el capital sobre los otros valores económicos. La calificación de despojo queda justificada, por cuanto en el momento que el empresario tomó los servicios del capital, éste se contentaba, en última síntesis, con una cantidad determinada del producto (medido entonces por su equivalente en dinero) y no existe ninguna razón honrada para admitir que exija después todo el producto de que aquél sea capaz, en razón de la suba del oro, ajena tal suba por completo a la acción constructiva de ese capital.

El nacionalismo económico, protector de industrias precarias, estrangula las de los artículos que se recomiendan y se imponen solos en el mercado internacional y que para el mayor de los males son las que ocupan en todos los países mayor número de brazos.

De lo dicho se deduce que lo necesario y urgente es restaurar el mercado internacional sobre la base de los nego-

cios compensados, única condición que exige la moneda papel para desempeñarse perfectamente en esta clase de negocios y condición también exigida por el oro, pues la experiencia de los últimos años evidencia que los desequilibrios pueden sorprendernos, llegando a ser tales que impliquen arrastre del metal en cantidades que no existe.

Se ha creído salir de la situación mediante los traslados bilaterales de igual tratamiento arancelario, pero eso es puro espejismo, ellos no implican en manera alguna compensaciones comerciales que son las necesarias.

No hay, por consiguiente, que buscar en los tratados basados en facilidades aduaneras el restablecimiento del comercio internacional, éste exige más que confianza, seguridad en las compensaciones; el camino a seguir es otro que podría sintetizarse en estas palabras:

COMERCIO DE RECIPROCIDAD MONETARIA

Para mayor claridad explicaremos el concepto con un ejemplo, refiriéndolo a dos países: Inglaterra y la Argentina, verbigracia. Estos dos países se comprometerían a respetar mutuamente sus monedas, de suerte que, las libras que importaran las adquisiciones de nuestros productos por Inglaterra, la Argentina se las reintegraría en el orden que sigue: 1º, pago de los servicios de la deuda pública; 2º, intereses, dividendos y rentas de sus capitales aplicados en el país en otros órdenes; y 3º, el saldo restante se destinaría íntegramente al comercio de importación de artículos británicos. Quiere decir, que nosotros no podríamos pagar deudas a otro país ni tampoco adquirirles artículos, con las libras provenientes de las compras inglesas en nuestro país y recíprocamente.

Dada la situación actual con respecto a Inglaterra, resultaría que de comprarnos dicho país solamente por el equivalente al servicio de nuestra deuda pública con ella, ésta quedaría satisfecha, pero, desde luego, quedarían embargados en el país los servicios de sus capitales aplicados en otros órdenes, en virtud de que no dispondríamos de divisas británicas a los efectos de los cambios, y también y por la misma causa, dejaríamos de ser mercado para los productos británicos. Luego, si a partir del límite de los servicios de sus capitales las

compras inglesas aumentaran, aumentará paralelamente nuestro mercado para sus productos.

Con esta política la Argentina ofrecería un mercado abierto y cuando por falta de demanda de sus productos se encontrara carente de una divisa extranjera y sin miras de donde extraer oro, se vería forzada al incumplimiento de sus obligaciones.

Ningún país acreedor de la Argentina podría, con fundamento, culparle por ello al no retener en perjuicio de un tercero saldos con ese objeto, pues ésto implicaría oponerse a la solución de esta crisis y pretender que se le cierren de más en más los mercados para sus productos, como está ocurriendo actualmente.

De generalizarse el sistema, todo aquel país que no comprara, tampoco podría vender y ante la fuerza de la situación que se les crearía, irían paulatinamente abandonando el nacionalismo económico y con él desaparecerían los males que nos han traído. Las barreras aduaneras subsistirían solamente a los fines fiscales.

La practicidad del sistema se lograría creando en el país un *Clearing-House*, y otro similar en Inglaterra, de suerte que, este último recibiría los importes en libras de las compras a la Argentina y comunicaría luego al local el monto y los conceptos de estos depósitos, para que a su vez este último pague en moneda nacional emitida con la garantía de los depósitos en libras por aquél, a los exportadores argentinos. Inversamente el *Clearing-House* local.

Para el caso de intervenir dos o más naciones en un arreglo comercial de esta clase, habría que crear un *Clearing-House* formado por las partes contratantes.

Como surge de lo expuesto, aun en el caso de seguir siendo moneda el oro, éste no sería exportado y por consiguiente perdería toda importancia como tal, una vez convenido el tipo de los cambios monetarios.

La República Argentina, como cualquier otro país, no necesita de tratados comerciales para imponer, desde ya esta política, tendiente a inspirar confianza y dar seguridad a los países que quieran participar de su comercio.

He presentado con estas consideraciones, un cuadro sintético con el resultado de mis observaciones. Su concreción más escueta deja al descubierto los enormes factores que intervienen en forma sorpresiva en nuestra economía desde que

esta crisis hizo su aparición. El gigantesco maquinismo, resultante feliz de una técnica brillante, nos grita que el trabajo del hombre huelga, no para anunciarnos una catástrofe pero sí para regalarnos su conquista en la forma de un más fácil bienestar. Empeñarse en sostener lo contrario, significa renegar del progreso, renunciar a dar un paso adelante en el camino de la civilización. El buscar la solución del problema en un encaje forzado de toda la masa desocupada en los engranajes de ese maquinismo y en las mismas condiciones en que se encontraba con anterioridad a su rechazo, denota una miopía injustificable ante la magnitud del fenómeno resultante de una ideocracia o tiranía de las ideas que llega hasta la negación *a priori* de los hechos. En los fenómenos económicos de carácter general, es menester dejar de lado la lupa, sacrificar lo inesencial a lo fundamental. Así se destaca en el gran fondo de todo el problema, el hombre, única víctima del derrumbe, que exige se le considere, no ya como factor preponderante del juego de los intereses sino como única finalidad. Es a él a quién deben aprovechar los resultados de cualquier mejora que se intente, por los cauces de una lógica gruesa, práctica, espontánea. Darle las posibilidades de vivir primero y mejorar más luego de condiciones; no descartarlo a la espera de causas fortuitas que lo valoricen para involucrarlo después en el conjunto de los valores; asignarle el que por sí tiene como factor de consumo, con cuya gravitación operárase un cambio brusco, profundo en la prosperidad y en la fisonomía total de la economía.

Cuando aconsejamos la disminución de las jornadas de trabajo, la eliminación de las oscilaciones de los precios, frenando la acción perturbadora de la moneda en uno u otro sentido y la compensación de los negocios internacionales, fijamos los tres puntos que, cual jalones, determinan invariablemente la trayectoria de cualquier política con proyecciones al futuro.

